

bía sido necesario forzar el cuerpo para que cupiera; frente a la estatua de Morelos había estado enterrado el que fué Presidente del Partido Constitucional Progresista. El cadáver fué llevado con los demás al Panteón de Dolores, donde por fin le fué entregado al señor Caso, quien lo hizo enterrar en el Panteón Francés, donde reposa al lado de su hermano, el ex-Presidente. Allí, manos piadosas, a despecho de Huerta y sus esbirros, llevan constantemente flores, que son la protesta muda contra los atentados de que fueron víctimas. (5)

(5)—El señor Madero, al ser aprehendido, comprendiendo que se le despojaría de cuanto tenía, había escondido un fístol de brillantes, de bastante valor, que llevaba durante la decena trágica, en previsión de necesitar dinero violentamente, en la solapa de su jacquet. Al ser recogido el cadáver, el señor Caso, que conocía el hecho, buscó el fístol, que ya no estaba, pero pudo recoger el boleto de la casa de empeños donde un mozo del Panteón lo había llevado, recibiendo por la prenda dos pesos cincuenta centavos. El mozo, al ver que el señor Caso buscaba la prenda, le entregó el boleto que la amparaba.



CAPITULO XIV.

EL PACTO DE LA EMBAJADA

El Cuerpo Diplomático no podía quedar cruzado de brazos ante la situación. Es en estos momentos cuando juega papel importante un personaje siniestro que parece reunir en su espíritu, en aquellos momentos, todas las perversidades que el genio de Shakespeare repartió en los tres personajes más repulsivos de su excelsa labor artística: Yago, Shilock y Macbet forman una trinidad infame que encarna en un solo hombre en la hora dolorosa del Calvario porque pasan el señor Madero, el señor Pino Suárez y sus respectivas familias. Ese hombre es el Embajador de los Estados Unidos en México: su Excelencia, Mr. Henry Lane Wilson.

El Embajador Americano, desde el nueve de Febrero, había declarado que el Gobierno de Madero no existía, y había propuesto al Cuerpo Diplomático acreditado en México, el desconocimiento del Gobierno legítimamente constituido. Los representantes de las Repúblicas latino-americanas se opusieron y Mr. Wilson sólo tuvo a su lado, francamente, al Ministro de Bélgica, y tímidamente, al Ministro de Guatemala. (1)

Abortada la idea, sugirió el Embajador que se pi-

(1)—Sobre estos puntos puede verse el relato hecho por el señor Márquez Sterling, Ministro de Cuba en México, y publicado en "El Heraldo de Cuba," que confirma mi versión.

diera su renuncia al señor Madero, en nombre del Cuerpo Diplomático, como la única manera de restablecer el orden perturbado por el cuartelazo de Tacubaya. Pero ante la actitud que habían asumido los representantes de Chile y de Cuba, no se atrevió a hacer la proposición en forma, al Cuerpo Diplomático en pleno, sino que privadamente fué hablando a sus colegas. Cuando tuvo la aquiescencia de algunos de ellos, convenció al señor Cologan, Ministro de España, que era una labor humanitaria hacer llegar al Presidente de la República la impresión del Cuerpo Diplomático acreditado en México, de que debía renunciar el puesto, salvando así la sangre de tanta víctima que iba a haber.

El señor Cologan aceptó llevar al señor Madero la impresión, que, según Mr. Wilson, tenían los diplomáticos, y propuso al Presidente que renunciara el puesto. El señor Madero rechazó de plano la idea, si bien comprendió que al señor Cologan no lo movía ningún interés bastardo, y le encomendó gestionara un armisticio con los rebeldes.

El señor Cologan, además de la preocupación humanitaria que había hecho fructificar en su ánimo la sugestión del Embajador Americano, tenía otras razones para creer debido el paso que dió. Miembros prominentes de la Colonia Española, estaban comprometidos con el movimiento encabezado por don Félix Díaz, creyendo que el Gobierno del señor Madero llevaba al País al desastre y que su caída era indispensable para salvar los cuantiosos intereses que estaban en sus manos, bien por ser el producto de muchos años de trabajo o por estar confiados a su pericia y honradez.

Don Gonzalo Garita, que fué el encargado de recoger los fondos para sostener la rebelión de la Ciudadela,

la, ha dicho que de todos los comprometidos, sólo los españoles habían dado el dinero que ofrecieron; y aunque el hecho a mí no me parezca rigurosamente exacto, pues me consta que algunos mexicanos contribuyeron con su dinero para la rebelión, ello demuestra el interés que algunos españoles tomaron en la caída del Gobierno del señor Madero. (2) Y yo no los censuro por ello; en primer lugar, porque lo hacían para defender sus intereses que creían seriamente amenazados, y además, porque el español en México no se siente fuera de su patria, ni se considera, en la mayor parte de los casos, extranjero. En todas las fiestas patrias, figura al lado de los mexicanos, y entre los combatientes de la Ciudadela hubo catorce españoles, según datos fehacientes, obtenidos por la Legación de España.

El Embajador Mr. Wilson, durante la decena trágica, no perdió una sola ocasión de buscar dificultades al Gobierno, y de incitar a sus colegas para que le crearán diariamente conflictos, bien porque las balas caían en los edificios que ocupaban las legaciones, bien por-

(2)—Sobre esto de los fondos para la rebelión de don Félix Díaz, el señor William Bayard Hale, según noticia publicada en el "World" de Nueva York, ha dicho que los científicos que estaban en Europa, proporcionaron el dinero. El señor Hale está mal informado. Los científicos no dieron ni un centavo, ni podían darlo, porque don Félix Díaz siempre fué su enemigo. Prueba de ello, los ataques que "El Imparcial," dirigió a don Félix Díaz, cuando era Inspector General de Policía y la actitud de éste, cuando la plebe atacó las oficinas del periódico del señor Reyes Spíndola, pretendiendo incendiar el edificio. De Europa sólo fueron para la rebelión de Veracruz, cincuenta mil pesos, que parece envió don Guillermo de Landa y Escandón, dinero que según se dijo, enviaba la esposa del General Díaz. Los fondos para el Cuartelazo de la Ciudadela, los proporcionaron los enemigos de los científicos, los felicistas, los reyistas y algunos españoles. Contribuyeron con pequeñas cantidades, algunos mexicanos, sin color político hasta entonces, por conducto de don Ignacio Bravo Betancourt.

que las tropas acampaban cerca de los edificios, o porque resultaban heridos, en las calles, algunos de sus nacionales.

El señor Lane Wilson no salió para nada de la Embajada, que era un foco de conspiración; pero jamás se expuso, ni por un momento, a recibir un balazo. En cambio, el Ministro Español estuvo constantemente en la zona peligrosa: su automóvil fué alcanzado diversas ocasiones por los proyectiles y perforado en dos distintos lugares por las balas que a él llegaron, cuando por indicación del señor Madero, fué a la Ciudadela a proponer un armisticio.

Cuando el Gobierno de Cuba envió el crucero "Cuba," al Puerto de Veracruz, el Embajador Americano hizo toda clase de esfuerzos para que desembarcaran los soldados cubanos que iban a bordo. Así quería buscar un conflicto internacional que le permitiera intervenir con la fuerza que estaba en los barcos americanos, y que el Presidente Taft había prohibido bajara a tierra, salvo que hubiera desembarco de tropas de otra Nación, o lo hicieran absolutamente indispensable los acontecimientos que se desarrollaban.

En la propia Embajada, en los sótanos, se había establecido una pequeña imprenta, que daba a la estampa una hoja diaria, hoja que alentaba a los revolucionarios, y que el Gobierno del señor Madero no pudo precisar dónde se imprimía.

Caído el señor Madero, la conducta del Embajador es impropia de un hombre culto.

El dieciocho de Febrero en la noche, reuniéronse en la Embajada algunos Ministros extranjeros, que deseaban saber la realidad de los acontecimientos. El señor Embajador no pudo recibirlos desde luego, porque es-

taba atendiendo a otras visitas. En uno de los salones de la Embajada, conversaban los Generales Victoriano Huerta y Félix Díaz en presencia del Embajador. Acompañaban al primero, los señores Enrique Zepeda y Joaquín Maass. Al Brigadier lo acompañaban los señores Rodolfo Reyes y Fidencio Hernández, estando también presente el Senador don Guillermo Obregón. Ahí se discutieron los términos en que quedaba pactado el reparto que del Poder hacían dos ambiciones frente a frente. Sucedió, como lo pinta la fábula y acontece siempre en tales casos; todo se lo llevó el león. El General Huerta discutió uno que otro nombre de Ministro, más bien por fórmula: así se quitó la Cartera de Hacienda a don Carlos G. de Cosío, para darla a don Toribio Esquivel Obregón, a quien ni consultaron, limitándose a enviarle un recado para que al siguiente día se presentara en el Ministerio de Gobernación a protestar.

Formada la lista, el Embajador Wilson, con ella en la mano, fué al salón contiguo, donde estaban los Ministros extranjeros esperándolo. Después de los saludos correspondientes, el Embajador les dijo: "Señores, los nuevos gobernantes de México, someten a nuestra aprobación el ministerio que van a designar, y yo desearía que si ustedes tienen alguna objeción que hacer, la hagan para trasmitirla a los señores Generales Huerta y Díaz, que esperan en el otro salón. Con esto demuestran el deseo que les anima de marchar en todo de acuerdo con nuestros respectivos gobiernos, y así creo firmemente, que la paz en México está asegurada." (3) Los Ministros se apresuraron a tomar copia de los nombres que

(3)—Como se comprende por el relato, estas noticias me fueron dadas por los Ministros que se encontraban en la Embajada y en cuya veracidad no puedo tener la menor duda. Desgraciada-

estaban en la lista, y al llegar al señor Garza Aldape, que figuraba en el Ministerio de Agricultura que se iba a crear, uno de los presentes lo objetó. "Este señor, dijo, es un ladrón." "El señor Garza Aldape, repuso el Embajador, no es más que un proyecto de Ministro." Nosotros, dijo el Ministro de Cuba, no creo que debemos rechazar ni aprobar nada, sino simplemente tomar nota de lo que se nos comunica y transmitirlo a nuestros gobiernos." La mayoría de los presentes apoyaron las palabras del señor Márquez Sterling, y el Embajador regresó al salón donde lo esperaban los señores Huerta, Díaz y personas que los acompañaban. El Embajador manifestó que los representantes diplomáticos no hacían ninguna objeción a los Ministros propuestos. Momentos después, los diplomáticos eran invitados a pasar al salón donde estaban los Generales Huerta y Díaz, y ante ellos, el licenciado Rodolfo Reyes, con gran énfasis, dió lectura a lo que el público ha dado en llamar el pacto de la Ciudadela y que mejor debiera designarse como lo hago yo: "El pacto de la Embajada."

Terminada la lectura del documento, el Embajador Wilson y los mexicanos presentes, aplaudieron. Inmediatamente, el General Huerta, alegando que tenía ocupaciones urgentes, se despidió. Intencionalmente había dejado al Brigadier Díaz para lo último, y al llegar a él, se detuvo un momento. Pareció que ambos vacilaban: Al fin Huerta abrió los brazos, y dos ambiciones contrarias se estrechaban, pensando, probablemente, en el momento en que pudieran destruirse una a la otra. Nuevamente

mente su posición oficial no les permitió autorizarme para dar sus nombres. Las palabras que pongo en boca del Embajador, fueron las que ellos me dieron y que tomé textualmente. Véase la nota al final de este Capítulo.

resonaron los aplausos en el salón, aplausos que otra vez encabezaba su Excelencia el Embajador Americano, Mr. Henry Lane Wilson.

El Embajador salió a despedir al General Huerta, acompañándolo hasta la puerta. Al regresar, en el vestíbulo de la Embajada, encontró a don Félix Díaz quien, con sus acompañantes, se había despedido de los diplomáticos. Al ver Mr. Wilson al Brigadier Díaz, exclamó: "Viva el General Díaz! salvador de México." Los que acompañaban al Brigadier respondieron: "Viva!" e invitados por el Embajador, pasaron al comedor, donde les ofreció una copa de champagne. ¡¡ Aún vivía Madero y todavía no firmaba su renuncia!

Los diplomáticos extranjeros habían oído todo lo ocurrido: oyeron el chocar de las copas, los vivas dados en el vestíbulo, y el estruendo del tapón al dejar libre el espumoso Champagne. Uno de ellos hizo la observación de que era extraño que no se les hubiera invitado también para aquel acto; pero el Encargado de Negocios del Japón, agregó: "Mr. Wilson sabe bien a quiénes invita para estos casos."

Al reunirse el Embajador Americano con sus colegas que sólo lo esperaban para despedirse, todos ellos, casi a un tiempo, exclamaron: "No irán estos hombres a matar al Presidente?"

—"Oh no, dijo Mr. Wilson, a Madero lo encerrarán en un manicomio: el otro sí, es un pillo, y nada se pierde con que lo maten."

—No debemos permitirlo dijo inmediatamente el Ministro de Chile.

—Ah, replicó el Embajador, en los asuntos interiores de México, no debemos mezclarnos: allá ellos que se arreglen solos."

Nadie dijo una palabra. Silenciosamente a los pocos momentos, abandonaban los representantes extranjeros la Embajada Americana. Al traspasar el umbral del edificio, ya en la calle, uno de ellos dijo: "Es curioso este Embajador: cuando se trata de dar auxilio a un jefe rebelde y que bajo el pabellón de su Patria se concierte el derrumbe de un gobierno legítimo ante el cual él está acreditado, no tiene inconveniente en intervenir, ser testigo del pacto y aún discutir las personas que formarán el nuevo gobierno, sin que le preocupe si se trata o no de asuntos interiores del País; pero cuando se trata de salvar la vida a dos personajes políticos, a quienes la traición y la infamia quizá, están discutiendo la manera de matar, encuentra que su posición de representante de una potencia extraña, no le permite intervenir, aunque sí califica, a raja tabla y con notoria indiscreción, a los gobernantes del País ante quienes está acreditado."

—"Tiene usted razón replicó otro de los Ministros, quizá eso sea un capítulo secreto de la doctrina Monroe, que aún no llega a nuestro conocimiento. Y ya que habla usted de indiscreciones, agregó: ya no habrá hoy hojita?"

—"Para qué, replicó el interpelado, ya hoy habrán trasladado la imprenta a lugar más cómodo."



CAPITULO XLV.

"LA RENUNCIA DEL PRESIDENTE"

El diez y nueve de febrero en la tarde, fueron convocados los miembros del Cuerpo Diplomático, por el Embajador, para darles a conocer la comunicación del General Huerta, en la que participaba la caída del Gobierno de Madero. El Embajador leyó la nota del General Huerta, y al mismo tiempo, la contestación que había formulado, en la que se reconocía al nuevo Gobierno. Los diplomáticos rechazaron el proyecto de Mr. Wilson y resolvieron esperar al día siguiente, para contestar la nota, pues habían llegado a ellos muchos rumores, y no sabían en realidad quién encabezaría el Gobierno que iba a suceder al caído.

El Embajador, habiendo fracasado ante sus colegas, dirigió sus esfuerzos a que el señor Madero renunciara.

Los padres del infortunado Presidente le dirigieron una nota, pidiéndole interviniera, como Jefe del Cuerpo Diplomático, para salvar la vida de sus hijos.—En esos momentos aún ignoraban que don Gustavo había sido asesinado en la madrugada,— y suplicaron al Ministro de Cuba y al Encargado de Negocios del Japón, entregaran personalmente el oficio al Embajador, encargándole convocara inmediatamente a sus colegas para que la acción se ejercitara en nombre de todos.